



Daniela Escobar. *PASATIEMPOS SOBRENATURALES*. Santiago: Cuadro de Tiza, 2024: 23 pp.

El título de la *plaque* es un cruce entre el poema titulado “pasatiempo” (13) y el primer texto, “Dibujos” (7), que en su segunda estrofa señala “abajo, por suerte, pasan cosas sobrenaturales”. En el poemario el acto de dibujar se relaciona con la capacidad creativa de los sujetos para elaborar mundos a partir de las formas de expresión del arte: un arriba que no puedes controlar, dice el hablante, pero un abajo donde “dibujamos en los vidrios empañados, /perdemos el dibujo y lo intentamos/al día siguiente”. Lo sobrenatural en el acto de creación del dibujo está en la posibilidad de un mundo controlable por nosotros e ilimitado mediante el recurso de la fantasía.

El poema “Pasatiempo” da cuenta de zonas oscuras dentro del dibujo, donde el pasatiempo puede convertirse en una tarea difícil, que puede develarnos lugares internos que permanecen indescifrables para la consciencia, como un túnel, una tumba y un pozo, dice el hablante: “¿nada en ella incomodará? / Falso”. Así, los pasatiempos creativos, que realizamos cuando nos disponemos al ocio, como el dibujo y la pintura, nos permiten una entrada a mundos interiores infinitos, pero donde nuestra capacidad de control es puesta en duda en tanto muestran, sin quererlo, espacios del inconsciente que se mantienen velados a nuestro propio entendimiento, que pueden ser reveladores de escenarios incómodos, incógnitos y salvajes del yo. Así, el pasatiempo, el tiempo del ocio, digamos, que adquiere un propósito mediante la expresión artística del dibujo, pierde su noción de ligereza, de descanso, puesto que permite la liberación de los espacios ocultos que, por un lado, intrigan al propio sujeto y, por otro, lo autoexige en el ejercicio artístico, lo hace perseverar. Este hecho le resta liviandad al proceso al tiempo que lo estimula: “Suspendí la tarea/ y el malestar fue insoportable...Había intercambiado obligaciones por hacer lo que me gusta, / el túnel tenía un lado maravilloso /y otro difícil” (13).

La voz poética en el conjunto de versos parece ser a veces el trazado de impresiones de una niña o, cuando menos, la evoca: “una niña toma un conejo de pintura” (10). El hablante transfigurado en niño nombra los sujetos y objetos a su alrededor con la simpatía propia de la infancia, como ocurre con “el gato malo” y “el gato bueno”: “el gato malo está triste” (12). Nombrar útiles escolares, la clase de educación física, el delantal, la partidura en medio, comer pan lejos del padre en el poema “Coreografía” evocan la consciencia infantil del hablante, con problemáticas que pertenecen al mundo de los niños y sus periodos de formación. Se aprecia también en el énfasis que se pone a la idea de que estamos en una tarea con un objetivo de aprendizaje, como ocurre en los versos finales

del poema “Afecto”: “Bajo la luna, ni buenos ni malos/ permiten tocar donde duele. /Eso me enseñan”. Lo bueno y lo malo, no los grises, es una forma típica binaria en que se enseña a los niños a calzar en los roles impuestos por la sociedad que habita. El hablante, sin embargo, pone en duda las mismas categorías evocadas.

Los poemas parecieran la memoria de un sueño, como nos indica el poema final “El sueño del sueño”:

En el sueño del sueño /vuelvo a dormir...Los recuerdos son mas emocionantes/
que el presente, por eso no me preocupa/ una vida aburrida...El sueño del sueño
nos previene...Un pájaro enorme inventa una palabra/que solo mi oído puede
entender ... (18).

El sueño es el escenario perfecto para la creación de nuevas realidades, donde la fantasía y los peligros de lo oculto se enlazan. Sobre esto es relevante considerar el concepto de identidad planteado por Žizek, en *El más sublime de los histéricos*¹. Para Žizek la identidad es aquella concebida por la red intersubjetiva (que corresponde a cómo define el mundo social circundante al sujeto), mientras que el sujeto “en sí mismo” es para Žizek una “nada, un vacío sin ninguna consistencia”, pero agrega que el sujeto posee una alternativa a las determinaciones de la red intersubjetiva para poder definirse, que es la fantasía (Žizek, 2011, p.163). Siguiéndolo, podemos decir que únicamente en el sueño los sujetos se acercan al trauma que los afecta, en tanto que en el sueño los sujetos expresan el deseo, aquello que se encuentra reprimido. Lo mismo ocurre con la fantasía, en ésta el sujeto no cumple su deseo, sino que lo constituye como tal: “mediante la fantasía, aprendemos a cómo desear” (2016, p.163)², al tiempo que la fantasía es también una defensa contra el *Otro*, pues permite encubrir la brecha que tenemos con él. El hablante del poemario juega con las nociones conocidas del gusano como podredumbre y la manzana como tentación para crear un hábitat onírico donde se permean los elementos reconocibles y seguros con aquello malicioso que acecha tanto en la vigilia como en el sueño: “El poema del sueño/ crece en el nido del inconsciente, / un árbol donde los gusanos parecen frutos/ y las trampas huelen a manzana” (18).

Lo sobrenatural cumple la función de torcer a los pasatiempos, fuera de las leyes de lo natural. No solo desafía la idea del descanso o del ocio que se encuentra dentro de la noción de pasatiempo, sino que revela un exceso, un salirse de los límites de lo natural. Podemos apreciar esto en el poema “Juegos”, donde los niños del poema beben la tinta del conejo dibujado y luego inventan otro juego “Clavan a un hombre en un volantín. / Crucificado, lo obligan a volar” (10). En estos versos se confunde la fantasía de un juego de niños con el acto cruel de la crucifixión.

¹ Žizek, Slavoj. *El más sublime de los histéricos*. ePub digital, 2011.

² Žizek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. México. D.F: Siglo XXI, 2016.

Junto a la idea de una naturaleza excesiva notamos la presencia de animales que son sujetos que intervienen activamente dentro de los poemas, como si rememoraran una fábula de infancia, o los típicos dibujos que los adultos incentivan a dibujar a los niños. Muchos son domésticos, como gallinas, conejos, gatos, perros, pero también hay animales salvajes como grillos, zorros y pumas. En el poema “Santa Ana” lo salvaje se encuentra encerrado al interior de los personajes: “los ojos de mi amiga eran pumas... entraron los felinos a mi pecho/ y cerré por dentro” (11). El puma es el *ello* salvaje, cazado por la niña del poema y encerrado en una jaula, que es su corazón. Esto puede leerse de más de una manera. Por un lado, la niña hablante es un cazador furtivo de lo indomable y, por otro, lo salvaje se encuentra dentro de ella, enjaulado.

El poemario de Escobar nos sumerge en un tiempo diferente, que se rige por elementos que toma de lo cotidiano. No obstante, en estos poemas lo simple parece adquirir una nueva forma, se cifra en un quehacer diferente, excesivo y con sus propias reglas, que solo alcanzamos a sospechar. El hablante nos lleva, como lectores, dentro de sus dibujos y sus sueños, con lógicas que intuimos y lecciones que interpelan y nos abren posibilidades de lectura.

Greta Montero Barra
Universidad de Chile

